12028

Vox populi.

Selmarzan

VOX POPULI

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los representantes de la Sociedad de Autores son los encargados de conceder autorización para la representación de esta obra.

MINUÉ TELMARZÁN

VOX PÓPULI

(MONÓLOGO)

:::::::: MCMXII ::::::::
MADRID. IMPRENTA HELÉNICA.
PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.

A los ilustres argentinos Sres. D. Rafael Padilia y Dr. Alejandro Gancedo:

Nadie como ustedes, hijos de un país libre, justiciero y activo por excelencia, comprenderá la síntesis de este librejo:

A ustedes pues, me atrevo á brindar la ofrenda de mi primera obra impresa.

MINUÉ TELMARZÁN

ASÍ...

(PARA EL AUTOR)

Hay que *pesar* el martillo y el saco de oro; hay que hacer un Teatro de las ideas con la revolución y evolución del espíritu; hay que adorar á Cristo mártir, que no insultó á la pobreza con el automóvil; hay que venerar al Dios de la Verdad...

Adelante, compañero, adelante. Lucha es vida. Ahoguemos al verdugo...

SALVADOR JORDÁN Y DORÉ

PERSONAJES

MANOLO

La escena en Madrid.

MANOLO vestirá traje de americana muy deteriorado. Irá despeinado, y denotará en su semblante el cansancio moral que produce la miseria.

Epoca actual.

CUADRO ÚNICO

La escena en una boardilla. Al fondo, puerta de una hoja practicable. A la derecha, mesa de pino basta en su color natural, y sobre ésta, útiles de escribir. A la izquierda y sobre la pared del fondo, cama muy pobremente vestida. Dos sillas viejas y un cántaro para agua. Sobre la mesa, un quinqué no lujoso, que estará encendido. Es de noche.

ESCENA ÚNICA

(Al levantarse el telón aparecerá MANOLO ante la mesa, sentado y haciendo que escribe).

MANOLO

(Deja la pluma y con desaliento.) ¡Tampoco es esto! *(Pausa.)* Es inútil que torture la imaginación para que surja de ella un pensamiento contrario á mis ideas. *(Coge un papel y lee.)* «Que irradian tus ojos destellos divinos». *(Pensativo.)* «Divinos...» *(Desaliento.)* Es imposible. No sé dar forma á lo que no se aviene con mi modo de ser; no puedo escribir lo que siento. *(Pausa.)* Ni esto es verdad, ni yo soy capaz de llevar á concurso semejante majadería. *(Rompe la cuartilla de papel en que ha leído.)* Pero... tengo que hacer algo; he de cumplir la palabra empeñada á mis protectores... ¡protectores! *(Saca del bolsillo una carta que lee.)* «Querido Manolo: Dice un refrán que la ocasión la pintan calva, y es preciso agarrarse al único pelo que tiene, si le encuentra. Aunque esto te repugne, te diré, que he logrado interesar en tu favor á algunos de mis

compañeros del Jurado, para los Juegos Florales que el Ateneo celebrará en la noche del quince del corriente; y como consecuencia de que creo poder hacer justicia en esta ocasión á tus muchos méritos, espero vayas á concurso con algún trabajo propio del acto. Te considero bastante poeta para que en poco tiempo escribas algo digno, no ya de premio, sino de admiración, y sólo te encargo, que para tu bien, guardes en esta ocasión tus ideas y transijas con las exigencias del día. No necesitaré recordarte que el plazo de admisión se cierra á las doce de la noche, del día doce, y que espera serte útil en lo que pueda, tu buen amigo, que sabes te quiere, Luis.» (*Dejando de leer.*) Eso es, quiero protegerte; quiero sacarte de la obscuridad; darte una posición y ponerte en camino de que te crees un nombre; y á cambio de eso, no te exijo gran sacrificio: que escribas lo que yo quiera. (*Pausa.*) Guarda tus ideas; transige con lo que á mí me conviene, y tienes asegurado tu porvenir. (*Pausa durante la cual se oyen dar once campanadas.*) Las once, y no he escrito una sílaba. (*Se levanta.*) Si yo fuera capaz, si pudiera hacer tal cosa, la haría por darte un placer en ello, querido Luis; pero no puedo. No puedo guardar mis ideas y dar forma á otras, porque no las tengo. No sé decir

á esa sociedad, con la que estoy en lucha desde mi infancia, más que las verdades á que se han hecho acreedores, por amargas que éstas les parezcan; no puedo, ni quiero olvidar que por causa de ellos murió mi pobre madre en la miseria. (*Amargura.*) ¡Mi madre! ¡Pobre madre mía! Fué la primera víctima de este odioso estado social. Tenía un hijo que no pensaba como ellos querían, y al sitiar por hambre al hijo, sitiaron á la madre ¡infames!, dejándola morir en medio de la mayor miseria. En vano supliqué trabajo, en vano me ofrecí á cambio de un pedazo de pan con qué mitigar el hambre de la pobre anciana; más en vano aún, imploré la caridad..., todo en vano. Era la madre de un rebelde, y debía purgar el *horrendo crimen* de haberle dado el sér. Era preciso no atender su demanda de trabajo, no oir sus súplicas. En cuanto á la caridad..., tampoco debía oirme; era demasiado grande, demasiado sublime, para descender hasta mancharse con el contacto de la madre del rebelde, y con el rebelde mismo. (*Pausa.*) Y la caridad, esa sublime acción de dar al hambriento los restos de sus festines; ese sentimiento que el poderoso diviniza, porque arroja sus migajas al productor de lo todo, al que le ha enriquecido, al paria, en fin, no se dignó amparar á una pobre anciana, á una már-

tir del trabajo, y la madre murió de hambre y con el sentimiento de ver que su hijo, el pedazo de su corazón, quedaba en el mundo solo y anatematizado por sus ideas. ¡Pobre madre mía! *(Llora.)* Después... ¡el vacío! Mis amigos de la infancia, aquéllos á quienes en otras épocas enorgullecía el nombre que yo les daba de hermanos, se distanciaron del «terrible pensador» que no cometiera otro delito que el de pretender hacerles comprender un estado de cosas injusto y denigrante para el sér humano, y uno sólo, Luis, ha seguido á mi lado queriendo prestarme su apoyo, y dándome, lo que según él, son buenos consejos. ¡Si mi corazón no estuviera tan henchido de odiosa amargura, tú serías, Luis, el que lo llenara por completo! (*Pausa.*) Y hay que hacer algo. Debo dar gusto al amigo, al hermano, que por todos los medios á su alcance trata de favorecerme. (*Pausa*) Es preciso demostrarle mi gratitud..., pero... no encuentro una idea, ni sabría modelarla al gusto de ellos. (*Se sienta á la mesa y coge un periódico.*) (*Ironía.*) ¡La prensa! Un negocio como otro cualquiera. Imaginaciones que se venden como todo, al capital, y que dicen aquello que los poderosos les permiten ó les enseñan á decir. Máquinas intelectuales, causa primordial de que el pueblo se halle cada día más

distanciado de los fines á que debe llegar por la diversidad de doctrinas que en todas formas y colores le suministran, idolatrizando á inutilidades cargadas de oro. (*Hace que repasa el periódico. Leyendo.*) «De sociedad. Anoche, con motivo del cumpleaños de la bellísima hija de la Duquesa Viuda de la Palmera, se celebró una gran fiesta en el magnífico Palacio, que la noble cuanto aristocrática dama, habita con su distinguida familia en el Paseo del Aguila. El amplísimo y magnífico salón ala norte del edificio, uno de los más grandes de Madrid, se vió atestado de invitados, entre los que descollaban la flor y nata de nuestra nobleza de la sangre y del dinero. Con decir que los cuentos de las *Mil y una Noches* resultan pálidos ante el lujo que la dueña de la casa y los invitados á la fiesta desplegaron, creemos dar una idea de la magnificencia y riqueza de que tanto unos como otros hicieron gala. Flores raras y caprichosas de todos los países, piedras preciosas, ricas pieles, hermosísimos y valiosos cuadros y otra infinidad de objetos artísticos hacían resplandecer de tal manera la natural belleza de las invitadas, que nosotros nos consideramos impotentes para dar la más ligera idea del cuadro que tuvimos la dicha de presenciar por breves momentos. Nuestra enhorabuena á la noble é

ilustre dama por el gusto especial y exquisito con que sabe dar esta clase de reuniones, y deseamos de todo corazón se repitan muchos años las tales fiestas, en unión de su bellísima y adorable hija. (*Deja de leer.*) Esta es la prensa. Mientras el pueblo sufre, mientras el hambre y la miseria hacen presa en el paria, el periódico que lleva un título y tiene un lema de radicalismo, emplea columna y media en decir que la aristocracia se divierte, ¡qué asco! (*Sigue ojeando el periódico.*) «Noticia. En la calle de la Solana, y á las dos y media de la madrugada, fué hallado muerto el anciano José López Pérez. Conducido á la Casa de Socorro del Distrito de la Latina, el médico de guardia certificó su muerte producida por inanición. Tenía sesenta y cinco años y había sido peón de albañil.» (*Pausa.*). Así; con este laconismo da la prensa cuenta de la más horrible catástrofe que puede experimentar el proletariado. ¡Un hombre de sesenta y cinco años muerto de hambre! Un infeliz que pasó su vida trabajando; construyendo, tal vez entre otros, aquel magnífico palacio de la noble Duquesa, junto al cual murió en medio del arroyo, mientras los otros, los capitalistas, los acaparadores de lo que produjo durante su larga vida de martirio se divertían. (*Transición.*) Y esto no puede ser. Yo me debo á los

míos, á los obreros, á mis hermanos, á los que sufren, á los que trabajan. ¿Qué me importa que los poderosos me ofrezcan su protección? No quiero ser uno de sus asalariados; no quiero venderme y vender á los míos; se acabó. ¿Qué más pueden hacer de lo que han hecho? Me declararon la guerra, me sitiaron por hambre, me hicieron sufrir las consecuencias de pensar y las he sufrido; pues bien; ya llegó la hora de que el mosquito deje sentir la picadura de su aguijón al león; ya llegó el momento de demostrarles que á pesar de haberse apoderado de mi cuerpo, no pudieron apoderarse de mi imaginación; ya estamos frente á frente y veremos quién vence. ¿Guerra? Pues guerra; pero sin cuartel. (*Se pone á escribir febrilmente. Cuando ha escrito unas cuantas cuartillas y demuestra por su mímica que ha terminado, se levanta y lee.*) «Vox pópuli.»

Dispénsame noble
¡oh tú!, noble dama,
que eleve mis ojos de mirar plebeyo;
que á ti, que dichosa gozas los placeres
que te brinda el mundo,
mire cara á cara.
No tengo disculpa,
ni trato buscarla;
que si osado me atrevo á mirar tan alto,

merece castigo que sirva de ejemplo
mi torpe mirada.
Pero he de contarte
una historia extraña,
y quiero que pongas oído á mi canto;
que en medio del brillo de tu hermosa fiesta,
recuerdes que sufren
y sepas que penan,
de hambre y de frío millares de seres...
Pero va la historia,
óyela con calma,
que es la *voz del pueblo* quien templa mi lira;
que son los lamentos que brotan de su alma.
¿Has visto..., Duquesa,
(diré de la Algaba)
las hermosas telas que cubren tu cuerpo,
esos regios muebles que adornan tus salas,
esas ricas joyas
que casi desprecias,
porque ya de ellas
te hallas hastiada;
los hermosos cuadros de grandes pintores;
la rica vajilla de plata dorada;
esas mil lindezas,
esas mil alhajas,
que por doquier brillan,
que tu gusto ensalzan;
que hacen á su dueña dama del gran mundo;
que hacen tu palacio palacio de hadas;

que hacen que tú vivas
feliz y envidiada?
¿No se te ha ocurrido
cuando las mirabas,
buscar el origen de una sola de ellas;
pensar en el modo que se ha conseguido
gozar en el mundo
tan soberbias galas?
Pues oye un momento;
oye, ilustre dama,
que quieren hablarte de su procedencia;
que quiero decirte que costó encontrarlas,
las vidas de muchos,
que en busca del oro que adorna tus sienes,
de piedras preciosas de que tú haces gala,
perdieran en tierras lejanas ó enfermas,
ó fueran por monstruos del mar devoradas.
Las hermosas perlas
que tu frente adornan,
esas ricas telas de oro brocadas,
las piedras preciosas que en tus dedos brillan,
el collar que ciñe tu ideal garganta,
esas ricas pieles,
que sin mirar pisas,
que fueron de fieras, reyes de la selva
que con sus rugidos el bosque atronaran,
acaso te han dicho,
¡oh muy noble dama!,
que son el producto

de arroyos de sangre vertidos por ellas,
de miles de vidas que, al sacrificarlas,
pensara tan sólo,
el que osado atreviérase á entrar en la selva,
el que intrépido al fondo de mares bajara,
aquel que al peligro expusiera su vida,
el otro que al arte su ingenio empleara,
que sus sacrificios
en bien redundaban
de los pobres hijos, que en humildes chozas
transidos de frío, su vuelta esperaban,
y que con el fruto de peligros tantos
el hambre de un día los suyos calmaran...
mas ninguno de ellos
para su desgracia,
gozara esas galas tan sólo un momento;
pues sólo ocupáronse de arrostrar impávidos
los mil sacrificios que costó encontrarlas.
Mas dispensa, noble,
¡oh tú!, noble dama,
que el dolor me prive de gozar tu dicha;
que al ver tu grandeza,
recuerde que manan sangre de mil víctimas
tan soberbias galas,
y ruja en mi lira rabiosa protesta,
que hasta ti elevada,
entiendas que aún queda en el mundo quien
quien cante tan alto, [diga,

quien chille tan fuerte, que se oiga en tu fiesta,
verdades tan claras.

(*Dejando de leer.*) Y ahora, á concurso; que lo lean. Que se entere esa sociedad estúpida que hay quien no les teme, y á quien no pueden comprar porque no se vende; que hay de quien no dominan ni podrán dominar jamás más que el cuerpo, pero que deben temer y teman á las inteligencias; y tiemblen el día que el pueblo se dé cuenta, de que él, y sólo él, es el amo. (*Mutis rápido foro.*)

Mientras cae el telón se oyen dar doce campanadas.

TELÓN